

de sus flotas. Al mismo tiempo hizo muftí á Abun-Sooud, jurisconsulto consumado.

Uno de los generales de su padre, Selim I, Kosrew-bajá, cayó en desgracia por haber dicho unas palabras insolentes al gran visir en presencia del sultan. Este antiguo general no pudo sobrevivir á la privacion de sus honores. La primera vez que quiso montar á caballo despues de su degradacion, miró á su alrededor, y no vió ni los pajes, ni los guardias, ni los capitanes dorados que lo acompañaban en el campamento y en la córte; se apeó con indignacion diciendo que valia mas permanecer sentado en los almohadones de su haren que mostrarse sin aparato alguno á la vista de los otomanos habituados á su esplendor. Dejóse morir de hambre, suicidio orgulloso, desusado en una raza para quien es la virtud del hombre la resignacion fatalista.

## XVI

Un enviado de Alaeddin, sultan de las Indias, que venia á implorar la proteccion de Soliman contra los portugueses, fué admitido á presentar sus regalos y

su peticion al divan. Para deslumbrar al embajador indio le hizo asistir el sultan á una de sus entradas en Constantinopla de vuelta de una cacería en los bosques de Andrinópolis. Cuando los diferentes cuerpos de su escolta, armeros, artilleros, spahis, silih-dars aparecieron con sus uniformes brillantes de plata y oro, el embajador, creyendo que era el grupo de los cortesanos del padischah, se levantó respetuosamente de su asiento; el aga de los genizaros, rodeado de sus oficiales, le pareció el sultan; los visires le causaron una ilusion semejante. Desengañado por los intérpretes que lo rodeaban, se quedó tan confuso cuando vió á Soliman en medio de un velo resplandeciente de sables, cascos, penachos y plumeros, que permaneció inmóvil y mudo ante aquel representante de Allah sobre la tierra.

Roxelana envió al príncipe indio presentes de telas magníficas, bordadas por sus propias manos. Ella decidió al sultan, en provecho de su hijo Selim y de Rustem, á sostener la causa de Alaeddin contra los portugueses y los persas. Ismael Mirza, hijo del shah de Persia provocó el primero la guerra con una irrupcion sobre Erzerum y la derrota de Iskender-bajá, que defendia la frontera. El gran visir Rustem y Mohammed-Sokoli, beglerbeg del ejército de Europa, recibieron órden de ir á reunirse con todos los con-



tingentes del imperio en Tokat. Tokat era en Asia lo que Belgrado en Europa, la base de operaciones de los turcos en Persia. Los dos visires, reunieron allí en pocos meses ciento cincuenta mil hombres y veinte mil genízaros. Aun estaba indeciso el sultan entre confiarles la dirección de la campaña de Persia, ó ir él mismo á medirse por tercera vez con enemigos que no le habian parecido dignos de él. Una razon de estado, oculta largo tiempo en los pliegues de un impenetrable secreto lo decidió.

## XVII

El poeta guerrero Schemsi, aga de los spahis, hombre iniciado en todos los misterios de familia y de política del serrallo, llegó inopinadamente de Tokat, encargado de una confidencia verbal del gran visir. Rustem advertia leal ó astutamente á su señor que existian en el ejército, y sobre todo entre los genízaros, gérmenes de una conspiracion sorda, desde que su hijo Mustafá habia llegado al campamento con sus tropas personales de Amasia.

Se ha visto que estos recelos y temores de la popu-

laridad y la ambicion del joven Mustafá no eran recientes en el serrallo; ya ántes de la última campaña de Hungría, su padre, informado del ascendiente que tenia en las tropas asiáticas, habia dejado al gran visir Suleiman en Brusa para que observara de cerca las intrigas ó los movimientos de este príncipe. Selim I habia hecho aprender á los otomanos con su crimen, que un hijo ambicioso é impaciente es el mas peligroso pretendiente al trono de su padre. Aunque Mustafá, hijo de la sultana circasiana, fuese el primogénito de los príncipes hijos de Soliman, el amor que profesaba á Roxelana, el prestigio de esta sultana y la preferencia con que miraba el padre á Selim y Bayezid, hijos de Roxelana, debian hacer temer á Mustafá que á la muerte de su padre los manejos del serrallo y del divan, vendidos á la favorita, podrian costarle el trono con la vida. Tales temores eran capaces de compelerlo al crimen. Su título de primogénito de los hijos del sultan, su carácter belicoso, simpático á una raza guerrera, su liberalidad para con los soldados, su dulzura para con el pueblo, su destreza en el manejo de las armas y del caballo, su elocuencia marcial, las gracias de su figura, el sentimiento mismo de compasion que inspiraba su desgracia y su alejamiento de la corte, convertian á Mustafá en el favorito de los campamentos.



Su presencia en el ejército de Koniah reanimó estas impresiones en el corazón de los soldados. El gran visir Rustem, yerno de Roxelana, interesado en la grandeza futura de los príncipes hermanos de su mujer, descubrió con el instinto del terror y quizá del odio esta predilección con que miraban las tropas á Mustafá. El favor de un ejército que puede dar un imperio, aunque inculpable respecto del que lo ha conquistado, es fácilmente criminal á los del que lo teme: Rustem juzgó por ciertos síntomas y revelaciones, que los partidarios de Mustafá solo aguardaban la ocasión. La larga ausencia del sultan durante una campaña en que el joven príncipe se atraería aun involuntariamente las miradas y alcanzaría algunos laureles, le pareció que ofrecía demasiada tentación á su virtud.

« Ya, » decía el poeta Schemsi al sultan en su confianza, « ya los genizaros, ávidos de cambios, repetician en voz alta que el sultan, envejecido precozmente por el peso del imperio y por once campañas, no era capaz de llevar á los otomanos al Eufrates, el Tigris y el Oxus; que era menester un reinado rejuvenecido á un imperio que no debía envejecer jamás con sus señores; que el ejército debía dar y quitar el trono; que el príncipe coronado en Koniah por mano de los soldados sería

« aclamado sin resistencia en Constantinopla; que el entusiasmo del campamento confundiría las inicuas predilecciones del serrallo; que el gran visir Rustem, favorito de una favorita, era el único obstáculo que encontraría el ejército para la manifestación de este sentimiento general; que su cabeza, cortada en medio de una sedición militar, dejaría á las tropas en libertad de expresar este notable cambio; y que Soliman, relegado durante su vida al serrallo de los sultanes decrepitos de Demótica acabaría en paz su vida con las mujeres que habían enervado su energía. »

## XVIII

Estas murmuraciones referidas por Schemsi, y exageradas probablemente por Roxelana, no dejaron vacilar un instante á Soliman. Para evitar el peligro envió al gran visir orden de disolver el ejército, y á Mustafá lo invitó á volver á Amasia con las tropas de su provincia, anunciando que iría en persona al principiar el otoño á tomar el mando de la expedición de Persia.



Plantó con efecto sus tiendas en Scutari, el 28 de agosto de 1553, en medio de sus tropas escogidas, mandadas por sus antiguos compañeros de gloria; dió al sultán Bayezid, uno de los hijos de Roxelana, el gobierno de Andrinópolis durante su ausencia; autorizó á Selim, segundo hijo de Roxelana, gobernador á la sazón de Magnesia, á que lo acompañase á la campaña de Persia, deseando que se reflejase en este jóven príncipe, objeto de su cariño, suficiente gloria para merecer la candidatura al trono.

Tambien llevó consigo á Zeanghir, tercer hijo de Roxelana. Este jóven príncipe, privado por la naturaleza de dones exteriores, no servia para manejar el sable, ni presentarse á caballo al frente de las tropas; cojeaba un poco; uno de sus hombros, mas alto que el otro daba á su estatura un aspecto desgraciado, que lo condenaba á la soledad y á la inmovilidad del serrallo. Pero todos los dones del alma, del corazón, de la inteligencia y del carácter compensaban en él estas diformidades del cuerpo. Ellas habian hecho á este jóven el mas querido de su madre, el mas querido de su padre, que se deleitaba con sus conversaciones de una sabiduría precoz, una viva sencillez y una agudeza muy notable. Lo llevaba consigo á todas sus campañas como al mas seguro confidente de sus inquietudes y al mas amable desahogo de sus ócios.

Zeanghir, aunque hijo de distinta madre que la de Mustafá, amaba á este hermano con una ternura, que vencía en su pecho las rivalidades de la sangre y los celos de familia. Estos dos príncipes se querian, á pesar del ódio mútuo de sus madres, con uno de esos afectos apasionados que constituyen, por decirlo así, el despotismo de la naturaleza.

## XIX

Sin desconfianza, al saber el movimiento de su padre, Mustafá fué á reunirse con sus tropas al ejército imperial en el cuartel general de Eregli, entre Brusa y Tokat. Su inesperada presencia, el número y la disciplina de sus ginetes, sus hermosos caballos, la riqueza de los trajes y de las armas, la varonil confianza del jóven guerrero que los mandaba, causaron en el campamento un murmullo de entusiasmo que pareció al sultán la confirmacion de las acusaciones del gran visir. Los genizaros, celebrando ver al príncipe que debia pelear y reinar un dia á su cabeza, se agruparon al rededor de sus tiendas para saludarlo en presencia del campamento.



Sus gritos y felicitaciones, comunicadas por delatores apostados, fueron interpretadas como indicios de una próxima é inevitable explosion. Celebróse un largo consejo nocturno entre los visires y el sultan. El mismo Zeanghir no asistió, la llegada de su hermano querido lo inundaba de alegría. Esperaba restablecer en la campaña la intimidad que habia estado como en suspenso durante su separacion, y le sorprendia y disgustaba la tardanza que oponia á la entrevista la etiqueta de la córte.

Soliman habia mandado decir á Mustafá que lo admitiria al besamanos que tendria lugar al dia siguiente en su tienda.

## XX

Con efecto, despues de la oracion del mediodía, los visires y los generales fueron á buscar al jóven príncipe á sus tiendas para acompañarlo á la audiencia del sultan. Mustafá estaba vestido con un rico caftan; montaba un caballo turcomano, digno, segun la expresion árabe, *de ser el trono de un sultan*. Los soldados acudian en tropel á saludarlo, al pasar, como á

su ídolo. Las aclamaciones que resonaban en torno suyo, llegaban hasta el fondo del divan de su padre. Soliman juzgaba sediciosos aquellos gritos de entusiasmo. Esta idolatría por su hijo le parecia exigirle su abdicacion, y no se irritaba ménos como padre que como soberano. No era él uno de esos hombres cuyo carácter se abate con los clamores de un populacho ó de una soldadesca embravecida. Su corazon resistia tanto mas á una degradacion voluntaria cuanto con mas insolencia se le insinuaba. Recordaba la condescendencia de Bajazet II, bajando del trono para ir al destierro, y hallando la muerte entre el destierro y el trono. El asesinato de sus hijos predilectos, la ruina de Roxelana, la tiranía del ejército, la anarquía del imperio, el eclipse de su gloria al declinar su vida, se erigian ante él para mandarle olvidar que era padre, si queria continuar siendo soberano y sobrevivir con la reputacion de grande hombre. A quien aguardaba no era á su hijo, sino al rebelde que venia á pedirle el imperio por la voz de sus cómplices. No vaciló mas.



## XXI

El crimen de Mustafá consistia en murmuraciones del ejército y las esperanzas que inspiraba su juventud. Se apeó del caballo y entró en la tienda de su padre para prosternarse á sus piés y recibir el ósculo en los ojos, signo patriarcal de ternura que los superiores, los ancianos, los padres dan en Turquía á aquellos, en quienes tienen depositado su cariño. Habia guardado sus armas segun el uso establecido para los hijos de los sultanes, que gozan del privilegio de presentarse armados en presencia de su padre. Los chiaux que estaban de guardia en la primera sala le desarmaron. Esta ofensiva precaucion le hizo encenderse y palidecer; sin embargo, obedió.

Al entrar en el segundo recinto en donde creia ver á su padre abriendo los brazos para recibirlo, halló la mas profunda soledad, dudaba de penetrar en el divan, cuando la cortina que lo separaba del salon de las audiencias, corriéndose de repente, le mostró en vez de su padre un grupo siniestro de mu-

dos ejecutores de las sentencias de muerte del serrallo. Estos verdugos, precipitándose sobre el jóven príncipe, le echaron al cuello la cuerda de un arco, lazo ordinario de que se sirven para extrangular á sus víctimas. La inocencia, la admiracion, el horror del suplicio, la indignacion, la juventud que rechaza la muerte, dieron á Mustafá fuerzas para romper la cuerda, apartar el brazo de sus verdugos, derribarlos en tierra, arrostrándolos hasta la puerta de la sala de los chiaux como arrastra el toro las cuerdas que le han echado para matarlo. Ya sus gritos invocaban con el nombre de su padre el socorro de los genizaros, amotinados al rededor de las barreras que cercan á distancia las tiendas del sultan; su voz, oida por ellos, podia cambiar su suplicio en coronacion, Soliman, testigo oculto de aquella lucha descubre la cortina que lo separaba de la escena del homicidio; lanza una mirada significativa á los mudos, reprendiendo su lentitud y amenazándolos con la muerte. Mustafá al aspecto de su implacable padre, olvida el defenderse y muere derribado bajo las rodillas de los mudos. La cortina vuelve á correrse.

Soliman manda extender el cadáver de su hijo en una alfombra y exponerlo como un reto á los ojos de los genizaros consternados. Sabe que las facciones sucumben con sus ídolos, y que nadie se atreve á



confesar el pensamiento del crimen, cuando el crimen no tiene móvil ni esperanza.

El aspecto del cuerpo inanimado de Mustafá infundió con el luto el terror y el silencio en el ejército. Los soldados desfilaron con los ojos húmedos, pero los labios sellados, ante su ídolo de la mañana, y volvieron á sus tiendas para llorar su pérdida.

Una decision del muftí, juicio sagrado que cierra la boca á la murmuracion, fué publicada en el campamento, única obligacion impuesta á los sultanes sobre sus golpes de estado. Estos juicios están siempre concebidos bajo la forma de una pregunta anónima dirigida por el soberano al intérprete de la ley, y bajo la forma de una respuesta igualmente anónima y breve á la pregunta.

« Un mercader de esta ciudad, decia el cartel, ha « confiado á su esclavo Zair, durante un viaje, á su « esposa, sus hijos y su comercio. Su esclavo, ménos- « preciando las leyes, ha dilapidado la hacienda de « su señor; ¿ qué pena merece el esclavo Zair? »

« — El esclavo Zair merece la muerte, » respondia el muftí.

Esta sentencia del órgano supremo de la justicia acalló toda murmuracion. El crimen era supuesto desde el momento en que el juez autorizaba la muerte.

Solo un corazon protestó en el campamento en favor de la inocencia de Mustafá y contra el rigor de su padre; este corazon era el de un amigo. Zeanghir, el hijo de Soliman y de Roxelana, acudió al rumor de la lucha de Mustafá con los mudos; pero solo llegó á tiempo para asistir al último suspiro de su hermano. Se echó sobre su cadáver cubriéndolo de besos, llenó la tienda con sus sollozos y las imprecaciones que pronunciaba contra los calumniadores y los asesinos de su hermano. Soliman, para quien estas quejas eran mas crueles que el remordimiento, mandó sacar á Zeanghir del lado de Mustafá; pero ya era demasiado tarde; el dolor habia hecho pedazos el corazon de Zeanghir; en lugar de un cadáver, llevaron dos á la vista del padre. Descargando un golpe sobre el hijo de la circasiana habia herido al de Roxelana; la amistad fraternal habia vengado á la naturaleza.

## XXII

Dudóse del crimen ó de la inocencia de Mustafá este don Carlos de los otomanos, inmolido por su



padre. Soliman no era un Felipe II. Es difícil imaginarse que un príncipe como Soliman, que no tuvo mas debilidades que las del corazón, y que prefirió á menudo la amistad, el amor y la familia á los deberes del soberano, despues de haber sospechado mucho tiempo, aguardado muchos años, perdonado una vez, esperado siempre, se hubiese decidido á castigar á un hijo en una inminente sedición sin violentar la naturaleza, y sin estar convencido de la necesidad de derramar su propia sangre para salvar su dinastía y su imperio.

Esta fué la opinion de los otomanos al dia siguiente del homicidio. Mas se compadeció al padre que lo que se acusó al soberano. El gran visir Rustem-bajá, á quien reprochaba el ejército el haber exagerado ó supuesto el peligro, se atribuyó la justicia ó el crimen para dejar la compasion al sultan. Solicitó dejar el sello del imperio y aceptar con la aparente desgracia la responsabilidad y el odio de la ejecucion. Ahmed-bajá, general amado de las tropas, fué nombrado gran visir en lugar suyo.

Pero ántes de entregar el sello del estado, Rustem habia afianzado con otro asesinato la seguridad del sultan y la sucesion al trono de los hijos de su madre política, la sultana Roxelana. Mustafá tenia un hijo en rehenes y cuidado por su madre en el serrallo de

Brusa. Temióse que los genízaros, trasportando á este niño el afecto que tenían á su padre, pusieran la corona en su cabeza con una nueva sedición. La madre, que temblaba en Brusa por los dias de su hijo, amenazados por Roxelana, no consentia en separarse de él un solo instante; creía que su presencia lo defenderia de todo peligro.

Rustem, en el momento de la muerte de Mustafá, envió secretamente á Brusa á un jefe de los eunucos del serrallo, encargado de dar muerte al hijo de Mustafá. El eunuco fingió querer dar una funcion campestre á la sultana y á su hijo en una quinta de recreo cerca de Brusa. El niño precedia á caballo á su madre, encerrada, segun costumbre, con sus mujeres en un carro con celosías doradas, tirado por bueyes. Sus miradas no perdian de vista á su hijo.

El eunuco, para burlar su vigilancia maternal, habia ordenado á los conductores del carro que rompieran el eje, como por casualidad, en el camino. Mientras lo componian, excitó al jóven á que se adelantara un poco para llegar mas pronto á la quinta. No descubrió el muchacho el lazo y apresuró la marcha de su caballo. En el momento en que se apeaba en el umbral del kiosko, el eunuco sacó el cordon fatal, y se lo presentó en nombre de su abuelo. «El sultan, le dijo, quiere que ceséis de existir ahora mismo. —



Esta orden es para mí la de Dios, » respondió el niño educado en la adoracion de la voluntad suprema; y el mismo tendió su cuello al verdugo.

Entretanto la madre, con un presentimiento siniestro, se habia apeado, y corria trémula y con los cabellos desordenados en busca de su hijo. Ella tropezó con su cadáver en las escaleras del kiosko. Así fué como supo par la muerte de su hijo, el asesinato de su marido.

### XXIII

Soliman II no se sonrió despues de este horrible crimen. No buscó tampoco distracciones á su melancolía mas que en el campamento y los negocios del estado. Su rápida expedicion á Persia fué terminada por un tratado de paz negociado miéntras se peleaba, y firmado durante la retirada á Amasia.

Una intriga atribuida á Roxelana lo llevó desde Amasia á Constantinopla. Esta sultana, desembarazada de toda competencia al tróno por parte de los hijos de la circasiana, queria ahora libertar á su hijo predilecto Bayezid, de la concurrencia de su hijo pri-

mogénito Selim, á quien destinaba Soliman para que le sucediera en el trono. Bayezid recordaba con su fisonomía y su carácter la belleza y el genio de su madre. Juntos imaginaron un plan novelesco bien combinado para asegurar al hijo la herencia del imperio. Dispusieron que un esclavo cuyas facciones se parecian á las de Mustafá, representara el personaje del príncipe muerto, y sublevara con esta semejanza y una fábula popular á los partidarios de Mustafá en la Turquía europea. Esta fábula debia de reunir al rededor del supuesto Mustafá á los soldados y el poblacho de las márgenes del Danubio; Bayezid debia, ó unirse á ellos ó combatirlos, igualmente seguro de ser proclamado por los rebeldes, si triunfaban, descubriendo la ficcion de su esclavo, ó de merecer bien de su padre, si los dispersaba con el auxilio de sus tropas. Esta pérvida astucia engaña fácilmente á soldados fanáticos y á una plebe ignorante. El falso Mustafá sublevó la hez de los cuarteles y del paisanaje de Nicópolis, y marchó aumentando sus fuerzas sobre Constantinopla.

La prontitud de Soliman desbarató este plan. Desdeñando medirse él mismo con un impostor, mandó pasar á Europa al gran visir Ahmed-bajá con un cuerpo escogido de genizaros y de spahis. Vencido el impostor en el primer encuentro, cayó en manos de



Ahmed. En el tormento declaró su complicidad con Bayezid. Al volver á Constantinopla, Soliman mandó echar al mar al esclavo y sus sectarios; temia verse obligado á castigar por segunda vez á la faz del mundo el crimen doméstico de un hijo, y á desgarrar el corazon de su madre. Atribuyendo Roxelana la falta de su hijo á su inexperiencia obtuvo el perdón de Bayezid prometiendo su arrepentimiento. Pero el culpable, teniendo á la vista el cadáver de Mustafá, temblaba el presentarse ante su padre.

Como para agravar su terror, Soliman rehusó recibirlo en el serrallo. Le concedió una audiencia secreta en un kiosko aislado, cercado de bosques á las orillas del Bósforo, llamado la caravanería de los carios. Bayezid, al apearse del caballo en aquel sitio retirado, fué desarmado por los mudos, como lo habia sido su hermano. No dudó de su suerte, y se estremeció como si estuviera bajo la mano del verdugo.

« No temas nada, hijo querido, no temas nada, » le gritó desde el fondo de una tribuna enrejada una voz en la cual reconoció la de su madre; « allá soy yo. » Tranquilizado Bayezid con tan dulces acentos, se presentó no obstante un poco turbado en presencia del autor de sus días. Soliman le habló como un padre indulgente. Despues de una conversacion mezclada de severidad y de lágrimas, mandó traer el sor-

bete de la reconciliacion. La mano de Bayezid tembló al acercar la copa á los labios; esta copa de paz habia reemplazado muchas veces en Oriente la copa de la muerte. Soliman dejó á su hijo sentir un instante la angustia de la duda; luego, tomando él mismo la copa la bebió. Bayezid perdonado volvió á su gobierno de Amasia á tramar, instigado por su madre, nuevas conspiraciones contra su hermano.

## XXIV

Entretanto Roxelana no podia perdonar al gran visir Ahmed el haber sondeado demasiado y haber revelado las faltas de su favorito. Era menester quitarle la vida para que murieran con él los misterios que habia conocido y los mas culpables que tal vez habia entrevisto en la conducta de la favorita y del hijo. Ella incriminó sus actos á los ojos del sultan; ella le recordó que su elevacion al grado de visir no habia sido mas que una concesion á los murmullos de los genizaros al dia siguiente de la muerte de Mustafá. Rustem habia sido el bueno, el generoso, y Ahmed habia sido el recompensado. Los genizaros



habian triunfado en él; quien sabe si no aspiraba á gobernar por medio de ellos? El ministro, contando con el favor de los sediciosos, no podia estar inocente; la prudencia, y acaso la justicia exigia que se le apartara de las gradas del trono. La única desgracia que arrebató á las facciones sus esperanzas es la muerte: la del fiel Ahmed fué decidida.

No podia sospecharla Ahmed; sin embargo, un gran visir se hallaba siempre en aquella época entre el favor y el cordon. Nunca brillaba sobre sus cabezas el rayo que los heria. Pocos dias despues de la reconciliacion de Bayazid y de Soliman, Ahmed, al entrar en el serrallo, se vió detenido en el umbral por el jefe de los chiaux de la cámara: « Haz tu oracion, » le dijo el ejecutor; « el padischah quiere que mueras. » — « Moriré, » respondió Ahmed sin preguntar su crimen y sin murmurar contra su destino.

Todo lo que solicitó fué morir extrangulado por mano de un amigo que lo acompañaba, y no por las infamantes de los mudos. Exhaló su último aliento perdonando al señor ingrato ó engañado que ordenaba su suplicio.

Rustem, el yerno de Roxelána, alejado unicamente por cálculo al morir Mustafá, fué llamado al poder.

## XXV

La mezquita de Soliman II, llamada *Solimanieh*, el mas espléndido monumento del reinado y de la capital, fué inaugurada el 16 de agosto de 1556. Soliman habia invertido en ella ochocientos mil ducados de oro y quince años de trabajo. El jardin de esta mezquita encerraba el sepulcro de su fundador; las cúpulas, los alminares, los pórticos con surtidores de agua, las puertas cinceladas por el arte arábigo, las columnas de granito rojo, los obeliscos que habian soportado en otros tiempos las estatuas de Vénus y de Justiniano; los capiteles de mármol de Paros, las galerías, las tribunas, los púlpitos, los candelabros de bronce dorado, los vidrios transparentes, en que el sol dibuja jardines de flores ó letras resplandecientes con el nombre de Aláh; las escuelas, los seminarios, los hospitales adyacentes, los plátanos y los cipreses que destacan su sombría verdura sobre el fondo claro de las fachadas, hacen de la *Solimanieh* la diadema de Constantinopla.

Mientras que Soliman construía esta obra maestra